

San Ignacio y la Iglesia: Unas reglas que nos siguen iluminando

Jesús Corella

Presentamos aquí el último escrito del P. Jesús Corella, S.J., fallecido en Buenos Aires de modo imprevisto el 22 de noviembre de 2004. Fue publicado originariamente en el "Boletín de Espiritualidad" de Argentina, Abril-Junio 2004, a cuyo director agradecemos el permiso de reproducirlo.

Manresa debe algunos de sus mejores artículos al P. Corella. Varias generaciones de jesuitas le debemos también su amistad y acompañamiento espiritual, lleno de sabiduría y de amor al Señor y a la Compañía. Vaya por delante nuestra acción de gracias a Dios por él y por el ejemplo de vida que nos dejó. (N de la R.)

167

Estas líneas intentan favorecer una comprensión de la Iglesia no tanto puramente teórica, cuanto vivencial y realista. Las reglas a las que nos referimos son las que San Ignacio puso como punto final de sus Ejercicios Espirituales. Las llamamos ordinariamente "Reglas para sentir con la Iglesia". Algo así como si después de habernos transmitido lo más íntimo de su experiencia espiritual en el proceso del mes de Ejercicios, Ignacio hubiera querido reservar su última palabra para transmitirnos su experiencia de Iglesia, como el mejor lugar donde podía colocarnos para vivir esa experiencia del Espíritu. Para los cristianos, no pueden separarse experiencia de Espíritu y experiencia de Iglesia.

Las dificultades actuales para sentir con la Iglesia

No siempre nos ha resultado fácil a los cristianos este «sentido de

Iglesia», ni hoy tampoco. Incluso cuando se dan los Ejercicios es frecuente encontrar dificultades, no sólo para aceptarlas, sino para hablar de ellas. Muy pocas veces merecen ocupar el tiempo de alguna instrucción, y se tiende a considerarlas como un apéndice de corta aplicación en nuestros días. Eso en el caso de que no se sienta una especie de rechazo a comentarlas, cosa que sucede con cierta frecuencia. Casi podríamos llamarlas «la cenicienta» de los Ejercicios. Las causas de estas actitudes de silencio o perplejidad frente a estas reglas son variadas. Comentemos, por ahora, estas dos.

En primer lugar, hoy tendemos a verlas irremisiblemente vinculadas a una determinada época, y resulta imposible o poco rentable intentar rescatarlas de su lugar histórico. Reflejan una manera de pensar sobre la Iglesia en la línea de un cierto integrismo, que hoy se nos hace despersonalizado e intolerable. Parece que hacer un comentario a estas reglas lleva consigo necesariamente tomar partido a favor de esta comprensión integrista de ellas, ya que se da por supuesto que esta comprensión es la única posible, y eso lógicamente no es agradable para la mayoría de los teólogos o escritores actuales de la espiritualidad ignaciana. De hecho, el tono casi normal, salvo algunas excepciones, de los comentarios un poco antiguos iban por esa línea. Se las llamó "reglas del catolicismo castizo" y "reglas de la ortodoxia", y hasta cierto punto no sin razón, porque la propia traducción latina, que llamamos Vulgata, asignaba como objetivo de estas reglas el ayudarnos a "sentir con la Iglesia ortodoxa", y no con la Iglesia "militante" como había escrito San Ignacio en castellano. En realidad, hasta la época del Vaticano II, las reglas sirven para apoyar en ellas las propias ideas más o menos rígidas de los autores de esos comentarios.

La otra causa de la dificultad para comentar estas reglas es, sin duda, la situación de Iglesia que estamos atravesando en estos últimos años del postconcilio. Somos conscientes de que vivimos tiempos muy difíciles para la Iglesia. M. Kehl, profesor de teología en Frankfurt, titula un artículo, cuya lectura es realista, leído sobre todo desde Europa, y a la vez animante, "*La Iglesia en tierra extranjera*"¹. Aun estando de acuerdo con su tesis de que la crisis no es tanto intraeclesial cuanto cultural y de dimensiones más amplias, sin embargo hay que confesar que así como nos sentimos extraños en nuestro mundo como Iglesia, hay muchos que se sienten hoy extraños en la Iglesia, porque la ven empujada en una

dirección que no pueden "alabar", a pesar de la letanía ignaciana de alabanzas contenida en estas reglas. Les cuesta mucho entender, por ejemplo, el centralismo desmesurado, algunos procedimientos en los nombramientos de obispos, cierto espiritualismo desconectado de la gente y de sus problemas reales, la exclusión o apartamiento de algunos menos afines a la línea 'oficial' de gobierno. También algunos puntos de la enseñanza del Magisterio.

La cantidad de automarginaciones que tal modo de proceder está generando en la Iglesia de hoy es muy grande. No sería exagerado hablar de un verdadero 'cisma silencioso', que sólo en algunas ocasiones se manifiesta en críticas y agresividades. Pero como tampoco son bien recibidas las críticas por las autoridades², resulta más cómodo el silencio. Sólo que ese silencio va creando pasividad, sentido de impotencia frente a la parcialidad en la marcha institucional de la Iglesia, y en definitiva una especie de "tristeza eclesial" absolutamente incompatible con el talante de la verdadera Iglesia de Jesús Resucitado. Es peor la tristeza o la falta de esperanza que la crítica. Es peor la desvinculación y el desinterés provocado, que afecta a la comunión de la que tanto hablan todos, que el correr algún riesgo por abrir esperanzas de futuro para la gente de nuestro mundo, gente que en definitiva es lo más importante de la Iglesia.

Tiempos difíciles para la Iglesia. Quizás habrá que *pasar* -empleando la palabra en su sentido pascual más fuerte- todavía más a fondo por el misterio de la Cruz para que Jesús resucite nuevamente en su Iglesia de cara al tercer milenio hace poco estrenado.

Los "tiempos tan peligrosos" de la regla 17

Hay una frase que, tomada sin catastrofismos y con perspectiva histórica, podría vincular los sentimientos de Ignacio con los nuestros de hoy día. Es la alusión a "*nuestros tiempos tan peligrosos*". Podríamos preguntarnos en qué ve Ignacio la peligrosidad de su tiempo. Lo mismo que nosotros deberíamos preguntarnos en qué vemos la peligrosidad de

No sería exagerado hablar de un "cisma silencioso" que sólo en ocasiones se manifiesta en críticas y agresividades

¹ KEHL, MEDARD, *Kirche in der Fremde*, Stimmen der Zeit 211(1993) 507-520. Existe una condensación de este artículo en *Selecciones de Teología*, n.133, vol.34 (1995) 3-14.

² "El que ama a la Iglesia no critica". Cardenal A. Sodano, Secretario de Estado, en su intervención en el Sínodo sobre la Vida Consagrada. Octubre de 1994.

los nuestros. En buena parte puede darse una coincidencia entre los dos momentos históricos. En los dos se da una crisis, es decir, un momento de cambio agudo, rápido y de fondo. El primero marcado por la salida de la Edad Media y el Renacimiento. El segundo, el nuestro, marcado, por extraño que parezca, por la salida de lo que podríamos llamar “Iglesia y mundo del siglo XIX”, aunque tal salida se haya demorado hasta la mitad ya muy avanzada del siglo XX. También está marcado por el rápido cambio social, que se caracteriza por una mezcla de culturas quizá nunca vivida antes con tanta fuerza a escala mundial. Es la globalización creciente y bastante descontrolada. Tal cambio ha provocado un fuerte desequilibrio en el proceso de desarrollo de los pueblos, e incluso de continentes enteros. Porque la crisis actual, desde las dos últimas guerras mundiales, tiende a universalizarse cada día más.

La diferencia más importante entre los dos momentos quizá sea ésta: que la crisis de tiempos de San Ignacio fue más intraeclesial, y llegó a la ruptura violenta dentro de la Iglesia. Hoy la crisis consiste más bien, al menos a primera vista, en la relación Iglesia - Sociedad: la Iglesia que busca una nueva postura y una renovación de su misión de cara al mundo, sumido éste en una auténtica revolución total, bastante confusa y carente de sentido. Sucede que la Iglesia vive esa búsqueda con fuertes vaivenes, que a su vez generan serias y múltiples divisiones internas, y una imagen un tanto desdibujada de sí misma. Sin llegar a la ruptura, sí se llega al desencanche, a la pérdida de valor social de la Iglesia, en la cual casi sólo aparece, por desgracia, el elemento jerárquico. Lo demás está como dormido, apagado, aparece como irrelevante o se ha perdido (al menos en amplias zonas) para la Iglesia. ¡A pesar de que constituye casi el noventa por ciento de ella! Me refiero, por ejemplo, al sector laical (a pesar del mínimo grupo que desea hoy ser más significativo en ella), a la vida religiosa, no fácilmente comprendida en su misión, incluso en algunos ámbitos muy significados de nuestra jerarquía. Se perdió gran parte del sector de la intelectualidad, y después, del sector industrial, después del político, y más cerca de nosotros, el sector de la juventud y de la mujer, en buena parte.

Esta imagen de la Iglesia hace que ella aparezca como anacrónica para amplios sectores de la sociedad, y que no atraiga demasiado. La sombra de un paternalismo inaguantable, las suaves pero fuertes presiones morales ejercidas desde un centralismo exagerado que para nada ayuda a la comunión sino al contrario; un apoyo, casi diríamos descarado, a determinadas líneas de mentalidad dentro de la Iglesia, aunque eso mengüe el sentido de pertenencia y aumente el sentido de orillamiento

de otras personas y tendencias, al menos tan legítimas como las primeras como formas de vivir el cristianismo, son algunas de las circunstancias que hacen “periculosos” a nuestros tiempos, en cuanto al sentido de Iglesia.

Seamos sinceros: ¿No se hace cada día un poquito más difícil sentirse Iglesia para muchos cristianos, auténticos hombres de Iglesia, cuando se “siente” que la jerarquía -o para hablar con más propiedad, una parte de la jerarquía-, quiere ante todo tener todo muy bien trabado, y obra no solo pero sí excesivamente guiada por sus propias ideas y tendencias, no del todo compartidas y abiertas? ¿No está la Esposa de Cristo demasiado bien “guardada” por algunos de sus Pastores? ¿No hay excesivo escoramiento hacia un lado en la barca de Pedro, con muy poca participación y un exceso de diplomacia un tanto manipuladora? ¿Apacentamos o reprimimos, con la excusa de no salir de los “mejores” pastos? ¿Y dónde están y cuáles son los mejores? Aparte de que el apacentamiento ha de ser universal, y por lo tanto muy variado y adecuado a “tantas y tan diversas gentes” (cfr. Ejercicios Espirituales [103]) como hay que alimentar sobre la haz de la tierra. ¿Corremos tiempos de anchura y libertad? ¿No hay demasiados miedos paralizantes, que quitan alegría e iniciativas? ¿No hay modos de gobierno, un tanto impositivos, que dividen más que unen?

Da la impresión de que las polarizaciones, en un sentido o en otro van más bien en aumento. O hay un cerrar filas en torno a las manifestaciones del Magisterio, incluso las menos asertivas u obligantes, o hay una creciente sospecha de que ciertas manifestaciones de ese Magisterio van más allá de lo que moral o científicamente está fundamentado, con la consiguiente pérdida de confianza que esas declaraciones engendran. Crece el número de personas de buena voluntad que se encuentran entre la espada y la pared con algunas doctrinas actuales del Magisterio, expresadas con una rotundidad que no parece tan fundada. El futuro no se muestra despejado. Y las ovejas a apacentar son cada día más inteligentes y están mejor formadas. Son personas que saben responder y tienen sus ideas que no parecen tan malas, al menos con bastante frecuencia. ¿O es que son malos la mayoría de los fieles en la Iglesia, y sólo una minoría es la buena?

Tiempos periculosos para sentir la Iglesia... Las causas están fuera, por supuesto, y se llaman secularismo, consumismo, injusticia, individualismo, intranscendencia, falta de solidaridad, persecución y fanatismos, entre otras. Pero nunca las presiones exteriores fueron lo peor para la Iglesia. Tanto en tiempos de San Ignacio como en los nuestros, los

tiempos son tan periculosos sobre todo por causas internas. En tiempos de San Ignacio, por las riquezas y situaciones de privilegio y poder; en nuestros tiempos, casi por lo mismo: falta de confianza (en las personas y en el Espíritu como único guía), discriminación, acepción de personas, sospecha, rigidez, búsqueda más sutil de poder y privilegios personales o de grupo. A casi todos nos afectan un poco, sobre todo a los que pertenecen al sector jerárquico.

Sin embargo necesitamos seguir profundizando hoy en ese sentido de Iglesia. Ella ha sido puesta en medio de los hombres como la base de lanzamiento para promover en el mundo el Reino de Dios. Es su misión heredada de Jesús. Puede acontecer que el sentido de pertenencia a ella entre en conflicto para bastantes a causa de orientaciones o normas que emanan del Magisterio, produciéndose con frecuencia un cierto sentido de rechazo, si no de ruptura, al menos “de facto”, en la práctica eclesial, es decir en una pertenencia viva y real. La tentación de “un Cristo sin Iglesia” está siempre amagando, ante las incomprensiones mutuas que con frecuencia se producen en el seno de ella. A pesar de todo, no podemos ceder ante la dificultad. Necesitamos con urgencia recuperar el verdadero sentido y el verdadero concepto de lo que es Iglesia. Si descuidamos esta recuperación, y nos deslizamos hacia una vivencia de Cristo sin Iglesia, pronto estaremos acercándonos a la búsqueda de un Dios sin Cristo, e incluso nos debatiremos en las oscuras y ambiguas imágenes más o menos espiritualistas y abstractas de un Dios cada vez más lejano. Nuestro Dios es un Dios encarnado, y no hay caminos de espiritualidad cristiana sin encarnación. La Iglesia está llamada a continuar esa Encarnación de nuestro único Dios en Jesús. Aunque se le ensucien las manos y sus ojos miren más de la cuenta a la ‘carne’, y no solo a las estrellas de la ‘consideración’.

Gran parte de las dificultades se originan de un uso ambiguo de la palabra “Iglesia”, cuyo contenido semántico varía mucho para unos y para otros. Una pregunta fundamental sería: ¿Qué es para mí la Iglesia? ¿Qué es “sentir” de verdad en ella y con ella? ¿A qué realidades y actitudes aplicamos estas palabras? Hemos de ayudarnos para

que nadie, ni dentro ni fuera de la Iglesia (si es que puede hablarse en estos términos) nos escamotee el verdadero sentido de Iglesia; en buena medida lo tenemos que recuperar, porque lo hemos perdido, o sustituido por otros conceptos parciales.

¿Qué es “sentir” de verdad en ella y con ella? ¿A qué realidades y actitudes aplicamos esta palabra?

Favorecer el sentido de Iglesia es tarea universal. En primer término corresponde como deber primario a los que están constituidos en autoridad, que son los primeros que deben sentir con la Iglesia. Nadie en la Iglesia debe desear que la Iglesia sienta con él, porque eso sería hacer de los medios fines y de los fines medios, cayendo en los engaños de “segundos binarios”³ y de tomas de decisión bien ‘periculosas’. Porque desde segundos binarios y no bien fundadas seguridades no se puede hacer elección, ni tomar determinaciones bien garantizadas.

Para que no pase eso, será bueno que deslindemos bien en nuestra reflexión lo que sigue teniendo valor en las reglas para nuestro tiempo, de lo que ya no vale a causa de la evolución histórica de estos cuatrocientos cincuenta años largos que nos separan del momento de su redacción. Ha habido intentos de componer unas reglas nuevas, o renovadas a inspiración de las ignacianas. Poco éxito han tenido esos intentos. Porque es mucho mejor penetrar a fondo en el corazón de Ignacio y en su carisma eclesial para entender el hondo sentido transcultural que las reglas tienen, si se leen con las actitudes dichas.

Algunos presupuestos para leer las reglas con provecho

Las reglas para sentir con la Iglesia, escritas por Ignacio de Loyola para los problemas de su tiempo pueden ser un buen punto de apoyo para discernir nuestros propios problemas eclesiales. Ellas transmiten equilibrio, medida, positividad, tendencia a la alabanza, acogida de los otros, preferencia por un “nosotros” frente a un “yo” en solitario (cfr. la exigente regla 13). También transmiten radicalidad, postura limpia, seriedad, abnegación. Para dejarse ayudar por ellas es menester estar más pronto a obedecer que a mandar, pero ésta es una postura bien ignaciana, como lo demuestran sus escritos, desde la Autobiografía hasta la Deliberación de los Primeros Padres, que dio origen a la Compañía de Jesús.

Recuérdense las dos anécdotas siguientes: una con el Provincial de los franciscanos en Tierra Santa (Au. 47), cuando éste, con autoridad de la Sede Apostólica le impide quedarse en Palestina; otra, las dificultades que el primer grupo de compañeros tenía para pedir a la Sede Apostóli-

³ Es lenguaje de los Ejercicios: EE [154] y sobre todo [169]. Los Ejercicios enteros afloran por todas partes en estas reglas, que guardan una fuerte coherencias con ellos, porque son parte suya.

ca la aprobación de la Compañía en el año 1539: “si queremos vivir bajo obediencia, acaso nos veremos obligados por el Sumo Pontífice a vivir bajo una regla hecha y establecida, con lo cual no se nos dará oportunidad y lugar para trabajar por la salvación de los prójimos, única cosa que, después de la de nuestras almas, pretendemos...” (Deliberación nº 7).

A ellos les ayudó entonces establecer unas premisas básicas en su deliberación. Entre ellas “la primera, disponer el ánimo y darse a la oración, sacrificios y meditaciones, de manera que trabajase por hallar gozo y paz en el Espíritu Santo, acerca de la obediencia, esforzándose, en cuanto pudiese, en tener la voluntad más inclinada a obedecer que a mandar, siempre que fuese igual gloria y alabanza de Dios” (ibid.).

En nuestro caso, los ánimos estarán fácilmente afectados por nuestra propia historia o por lo que vemos a nuestro alrededor. Será bueno en principio “*deponer nuestro propio juicio*” (es lo que pide la primera regla), para caer en la cuenta de que buscamos en las reglas algo que es nuestro, o mejor aún, algo que somos nosotros mismos. Somos una parte de la Iglesia, que ha de sentirse Iglesia, y somos esa Iglesia con la que todos, incluidos nuestros Pastores en particular, deben sentir. El P. Peter Hans Kolvenbach en su alocución final a la Congregación de Procuradores de la Compañía de Jesús, celebrada en septiembre de 2003, nos aclaraba el contenido de la palabra ‘sentir’: “Una interpretación literal tropieza con el verbo ‘sentir’, que no expresa sólo un sentimiento favorable hacia la Iglesia sino también el pensar y comulgar enteramente con la Iglesia, con la cabeza y el corazón. Está claro que en la mente de San Ignacio el conjunto de estas reglas al final de los Ejercicios Espirituales quiere ayudarnos a crecer en comunión con la Iglesia”. Para conseguir este objetivo hoy leyendo las reglas, podrían valer estas tres actitudes previas, sacadas a la luz de la consciencia:

1.- Somos pecadores, en una Iglesia de pecadores. Nadie puede arrojar la primera piedra, ni la primera crítica negativa o agresiva. Nadie puede arrogarse ningún tipo de superioridad ni de profetismo que le haga más proclive a ver la mota en el ojo ajeno y no la viga en el propio. No nos queda otra salida que la misericordia compartida. Hemos de aprender a ser solidarios en la comprensión y en el amor los que hemos sido solidarios en el pecado. Esto se hace amando, en un mismo Espíritu. Espíritu que no nace de nuestra propia bondad, sino que se nos da precisamente en la Iglesia, donde todos somos regidos y gobernados por ese “mismo Espíritu y Señor nuestro” (Cfr. regla 13).

2.- Necesitamos a la Iglesia. Estamos todavía luchando por destruir el fantasma del “*extra Ecclesiam nulla salus*”, fuera de la Iglesia no hay

salvación. Pero ello no significa que dé lo mismo ser Iglesia que no serlo. La frase hoy superada presuponía una Iglesia de contornos bien definidos, incluso geográficos y culturales, en clave de cristiandad. Pero hoy no podemos pensar en la Iglesia en esos términos. Ella es una realidad tangible e histórica, con límites «católicos», es decir, universales, pero muy imprecisos a nuestra miope mirada humana. Quién es Iglesia y quién no lo es, es una cuestión que hay que dejar muy abierta, porque forma parte del misterio teándrico, que no nos toca resolver a nosotros. Hay que dejarlo al Padre.

Pero la Iglesia es real, y todos estamos llamados a ella. Jesús la quiso. Quizá muy distinta de lo que es ahora, quizá muy distinta de lo que fue siempre y será siempre, porque la utopía que es parte integrante del sentido eclesial, difiere siempre y necesariamente de la realidad de cada momento histórico. Pero Jesús la quiso, y la hizo brotar de su costado, como Esposa (cfr. el contexto en que se habla de esto en Ef 5,25 y siguientes), como nueva Eva. Porque otra frase sobrepasada y desafortunada es también aquella de que: “Cristo soñó con el Reino y lo que vino fue la Iglesia”, como una especie de sucedáneo de mala calidad. No fue así. Jesús contó con la debilidad y el pecado de los suyos, empezando por el primer papa. Mandó que permanecieran unidos en oración y espera a hombres y mujeres, cuya última pregunta a Jesús fue si llegaba ya el momento en que iba a restaurarle el reino a Israel (Hechos 1,6). Es decir, que se habían enterado de muy poco, y no sabían lo que querían. Pero los dejó juntos, hechos Iglesia, y les envió su Espíritu, y así, en la pobreza de ellos, y en el Espíritu de Él, les envió a hacer discípulos. No podemos renunciar a la ayuda prevista que la Iglesia nos ha de prestar a cada uno: todos la necesitamos, para consolidar la fe, para ejercitarnos en el amor que descende de arriba, y para ser enviados con una estrategia común, discernida y animante. Vale la pena luchar por una Iglesia así. Es la voluntad de Jesús la que nos hace imprescindible a la Iglesia, librándonos así de nuestras soledades y egocentrismos infecundos. Al menos para nosotros, que ahora leemos estas reglas.

3.- El amor a la Iglesia. El Cardenal Paolo Dezza, S.J. escribió un lindo artículo sobre este punto⁴. No es lo mismo penetrar en las reglas

No es lo mismo penetrar en las reglas desde el amor que desde la amargura o el resentimiento

⁴ DEZZA, PAOLO, S.J., *Amar a la Iglesia para sentir con la Iglesia*, CIS 44 (1983) 111-125.

desde el amor que desde la amargura o el resentimiento. Si nuestra capacidad de amar nace de arriba, nada ni nadie nos podrá arrebatarnos el amor a la Iglesia, en la que somos uno con Él. Nuestro amor a la Iglesia es participación del amor de Jesús a ella. La amamos porque sabemos que Él quiere que la amemos. Aparte de que en definitivas cuentas, en la Iglesia todo está llamado a reducirse al amor. Sólo desde ahí tiene sentido emplear tiempo en leer despacio estas reglas ignacianas, para sacar algún provecho para nuestro tiempo.

No podemos dejar de lado hoy estas reglas. “Las tres últimas Congregaciones Generales [de la Compañía de Jesús] han pedido que no dejemos de lado las reglas para nuestro “sentir con la Iglesia”, como documento desfasado y superado, por más que el contexto histórico en el que Ignacio las redactó difiera evidentemente del nuestro (CG 32,d.11,33). Es deber nuestro aplicarlas con firmeza a las situaciones nuevas de nuestro tiempo (CG 32, d.11,33) a la luz del Vaticano II (CG 33, d.1,8)”⁵. Es lo que ha intentado hacer la Congregación 34 con su Documento sobre “*El sentido verdadero que en el servicio de la Iglesia debemos tener*”. Sentido verdadero que entre otras cosas significa sentido profundo y transcultural para ver en las reglas no los detalles particulares de aplicación al tiempo en que se escribieron, sino su significación desde la fe, desde la eclesiología actual y desde las actuales culturas históricas. Tres perspectivas que harán brotar de las reglas nuevos sentidos y nuevas raíces eclesiales.

También convendrá leerlas desde la renovación eclesial que ha venido produciéndose en la Iglesia en los últimos tiempos, gracias a procesos de purificación y de definición de la propia identidad, que han culminado por ahora en el Concilio Vaticano II. Resulta que no todos han vivido estos procesos en la misma dirección y a la misma velocidad. Ni todos los vivimos desde la misma inculturación, ni desde la misma comprensión teológica, ni desde la misma situación de opresión o de bienestar, o de poder. Consecuentemente se producen desacordes, tensiones y críticas. No es negativo que existan tensiones dentro de la Iglesia. No es lo mismo la piedad popular que la intelectual, ni existe una sola cultura universal para expresar nuestra fe. No podrá pensar lo mismo de la Iglesia el que está sin trabajo y vive en un pueblo deprimido, que el que nada en la abundancia. Ambos tienen que decirse mutuamente bastantes

⁵ KOLVENBACH, PETER HANS, *Alocución final a la Congregación de Procuradores* (Loyola 23-9-2003), Informaciones SJ, enero-febrero 2004, pp. 23-30.

cosas. Tienen que ‘dialogar’ más en palabras y en obras. Porque en todo caso, el secreto del sentirse Iglesia no es la uniformidad, sino la comunión, que supone una madura decisión de respetar, amar y *alabar* lo distinto en la Iglesia dentro de los límites de la fe en Jesús y en la dirección del Espíritu hacia la verdad plena. Esa misma fe en Jesús nos llevará hoy en la Iglesia a ‘desaprobar’ (aspecto en el que no insiste San Ignacio en su tiempo) las enormes y crecientes diferencias socio-económicas y la injusta repartición de bienes y oportunidades entre hermanos, dentro de la Iglesia y fuera de ella. El Espíritu Santo nos rige y gobierna en la Iglesia hacia la comunión. Si vamos hacia la injusticia y hacia la desigualdad desmesurada, si pensamos en los pobres desde el paternalismo o desde el poder o la comodidad instalada, es que vamos regidos por otros pilotos. El Espíritu Santo se queda gimiendo en los pobres “abba, Padre”, y entraremos en nuevos capítulos de la Pasión de Jesús...

Lo que no queda ya hoy de las reglas

Después de tantos aspectos considerados, éste sería el momento de una lectura valorativa de las reglas. No hay ahora espacio para un comentario tranquilo de todas y cada una de ellas⁶.

– Una imagen cultural renacentista de la Iglesia, o un modelo de ella en clave de «cristiandad». Queremos estar en lo político o en lo cultural, etc. de otra manera que en el siglo XVI...

– Tampoco queda una imagen (muy posterior a San Ignacio y a las reglas) de una Iglesia a la defensiva y atacante o resentida. No se echa de menos ni el triunfalismo barroco, ni la apologética, ni las reivindicaciones. Se anhelan más bien la pobreza, la sencillez, la relación interpersonal. ...

– Con esto, también muchas de las particulares costumbres y formas externas de piedad, oración o culto han ido cambiando o diversificándose en la Iglesia, según diversas culturas y países... Dígase lo mismo de romerías o procesiones, aunque en este punto, las diferencias entre las diversas culturas y pueblos hacen que lo que no significa mucho para unos, sirva y ayude mucho a otros...

⁶ Para un comentario más amplio véase CORELLA, J., *Sentir la Iglesia. Comentario a las reglas ignacianas para el sentido verdadero de Iglesia*, Mensajero - Sal Terrae, Bilbao - Santander, 1996, 228 pp. En esta obra se apoyan muchas de las reflexiones aquí expuestas, con alguna mayor actualización.

– Sí se alaban muchas devociones populares. Pero la actual estructura de la sociedad civil hace que tengamos que abandonar algunas referencias ignacianas a los “mayores temporales” y al “pueblo menudo”... Porque es claro que ‘pueblo menudo’ sigue existiendo, y existirá. También es claro que la orientación aconsejada por Ignacio va exclusivamente hacia el “*modo de hablar*” a ese pueblo, aspectos de deben tenerse en cuenta, sin duda. Pero del tenor de esa regla podría deducirse una preferencia por silenciar lo malo de las personas constituidas en autoridad, para que, en su ignorancia, el pueblo no pueda ni “indignarse” ni “escandalizarse” contra tales personas. Y eso suena a paternalismo o a despotismo ilustrado. Nada de esto tendría sentido ahora... Cada pueblo menudo requiere un tratamiento diferenciado: los niños, los incultos, los discapacitados, los subdesarrollados, los excluidos de la cultura por la injusticia de los demás, los ancianos, los que saben poco de Dios o de la vida cristiana aunque sean grandes científicos o pensadores, los enfermos, etc. En cierto sentido, todos ellos son “pueblo menudo” hoy. Pero todos deben tener acceso, según su capacidad, a la información de lo que sucede dentro de la Iglesia. Otra cosa es que se haga desde el amor a todos y con un designio de paz.

– Pasó ya la hora de que el secreto sirva de legitimación de procederes no tan limpios, o de que se crea que el secreto ayuda a rodear de un halo de sacralidad a personas o cargos en la Iglesia o fuera de ella. El “*modo de hablar*”: ese es el punto clave de la cuestión aquí planteada. No es tanto el hablar o el callarse, sino cómo y a quién se habla para ser eficaces, para “*remediar*” los males con eficacia y con el menor costo eclesial y dolor o deterioro de las diversas personas afectadas...

– En otro sentido, hay algunos miembros de la Iglesia constituidos en autoridad que hablan y actúan como si todos a su alrededor fueran ‘pueblo menudo’. Con lo cual son muchos los que se sienten descolocados en la Iglesia, porque es una Iglesia que sabe a paternalismo, no a servicialidad.

– Finalmente, y como punto más particular del sentir con el pensamiento de la Iglesia, habría que reformular la alabanza o vigencia de la Teología Escolástica. Ya no es tan “moderna” como la veía San Ignacio al redactar sus reglas...

Lo que queda y ayuda hoy para nosotros

1.- Lo más importante que nos transmiten las reglas es la pedagogía que encierran para entrar en el misterio profundo de la Iglesia. Pero para

percibir este resultado, las reglas presuponen la experiencia entera del mes de Ejercicios, y muy en particular, la vivencia de una Cuarta Semana hecha a fondo y sin prisas, que nos permita conectar con el misterio de Cristo revelado en la Pascua, donde nace la Iglesia. Hay en las reglas una eclesiología latente, que ha de seguir desarrollándose más, a partir del Concilio Vaticano II. Una eclesiología de comunión, a imagen y semejanza de la Trinidad, que nos conecta a fondo con nuestra propia creación. Fuimos creados para ese misterio de comunión en Cristo.

A partir de ahí, se nos hace la invitación a vivir la Iglesia no como un marco externo de referencia de nuestra vida y misión, con el que hay que contar y del que uno no debe salirse, sino en el Espíritu y desde el Espíritu de Jesús Resucitado. Es decir, en su misterio de Madre y Esposa, de Cuerpo histórico del Jesús, que es la Cabeza, sentado a la derecha del Padre, pero compañero y amigo que “convoca” hacia la Iglesia, físicamente, generación tras generación. Por eso pertenecemos a ese Cuerpo, lo formamos nosotros todos. Así lo vivió María, nuestra anticipadora, Esposa y Madre ella también, a la vez que fiel creyente. Con su misma identificación con la Iglesia.

Las reglas, si se leen desapasionadamente y desde la fe, son una formidable invitación a sumergirse en el misterio de la Iglesia, y por ahí está su más importante aportación a la espiritualidad cristiana y sobre todo a la vida en el Espíritu del que ha hecho el mes de Ejercicios. Misterio de la Iglesia que fundamentalmente consiste, muy simplemente dicho, en la perpetuación en la historia humana del descenso de Cristo hasta los infiernos humanos, para seguir liberando y salvando desde dentro y desde abajo. Sentir la Iglesia es tomar parte en ese misterio de salvación. Gracias a la Iglesia puede cada uno intervenir en la Encarnación de Cristo de forma solidaria y con fuerza universal.

A modo de consecuencia más concreta, cuando se habla de la Iglesia, como en las reglas, no deberíamos permitir que se sobrentienda que estamos hablando del papa, o de los obispos, o del magisterio, o del clero en particular. En este sentido, las reglas son una seria invitación a emplear las palabras con propiedad, recuperando así la verdadera imagen y la palabra misma de “Iglesia” para lo que ella es en su integridad, y sólo para eso. En esa integridad hay que agradecer a Ignacio la denominación de “*hierárquica*” como atributo de la Iglesia en su totalidad, que encierra aspectos mucho más ricos y variados que la sola

Lo más importante que nos transmiten las reglas es la pedagogía para entrar en el misterio de la Iglesia

referencia a la autoridad-obediencia. Es expresión acuñada por San Ignacio. Está pidiendo ya una profundización teológica que ayudará mucho en el próximo futuro a avanzar en la comprensión de la Iglesia alumbrada en el Vaticano II⁷.

2.- Derivado de esa vivencia interior y personal de Iglesia, y al mismo tiempo como camino hacia esa vivencia, las reglas contienen para nosotros el sentido verdadero de obediencia a ella, siempre en orden a la comunión y al envío. Estamos abocados hoy por hoy a tener que afrontar dos comprensiones distintas de la obediencia. El ideal es que ambas concepciones tiendan a identificarse y equilibrarse. Desgraciadamente no es así todavía. Aún hay quienes piensan en una obediencia más en vertical, en la que una persona desde el vértice habla, decide y trasmite órdenes; otros requieren una obediencia toda ella orientada a impulsar la unión de los ánimos, en la que, sin quitar que haya órganos de decisión y de expresión ‘oficial’, por así decirlo, predomina el sentido gozoso de pertenencia y comunión.

Con una obediencia bien integrada, y al mismo tiempo sin ningún tipo de ambigüedad, tal como la piden las reglas, nos sentiremos miembros vivos y personales de un cuerpo, habitantes de una ciudad preparada para todos, en una palabra, nos sentiremos ‘Pueblo’, al cual cada uno se da confiada y sumisamente, porque lo “siente” obra del Espíritu Santo, y por lo tanto lo ve bien regido. Percibe que sus regidores no apartan sus ojos ni su corazón de ese mismo Pueblo de Dios, para entender en él lo que ese Espíritu dice a las Iglesias. Esta es la obediencia ignaciana, que está en el fondo de comprensión de la regla trece. La de lo blanco y lo negro. De aquí se comprenderá mejor la otra vertiente de la obediencia, que guarda una relación más cercana al envío, a la misión: desde el Padre que envía al Hijo, al Espíritu, a la Iglesia, a cada uno de nosotros, como en una cadena hasta el final de los tiempos.

Pero no olvidemos que la imagen piramidal no es la que mejor le cuadra a la Iglesia. No somos pirámide. Pirámide era la torre de Babel, o los sepulcros de los faraones. La Iglesia es más bien esfera, como la tierra misma, como la humanidad que vive sobre ella, a imagen de la esfera celeste, y sobre todo a imagen y semejanza de la esencia divina de la Tri-

⁷ Véanse los detallados estudios recientemente publicados por el profesor SANTIAGO MADRIGAL, S.J., como son: *La carta al Negus de Etiopía. Notas de eclesiología ignaciana*. Misc.Com. 53 (1995) 341-379; *A las fuentes de la romanidad: “nuestra sancta madre Yglesia hierárquica (quae romana est)”*, en PLAZAOLA, JUAN (ed.) *Las fuentes de los Ejercicios Espirituales de San Ignacio*. Mensajero, Bilbao 1998, págs. 509-534; y *Claves para una relectura de las reglas para sentir con la Iglesia*, Manresa, 73 (2001) 5-36.

nidad, tal como la experimentaba inefablemente Ignacio en su Diario Espiritual⁸.

3.- Otra columna de apoyo fundamental de esa vivencia del misterio de la Iglesia que nos transmite las reglas es la alabanza. Es como resonancia en el interior de cada persona de la plenitud de vida de la Iglesia entera, tal como se describe en la variedad de las reglas. Aunque muchas cosas particulares hayan cambiado su vigor expresivo, la vitalidad de la Iglesia sigue fuerte en nuevas expresiones, tipos de comunidad y de estados de vida. Suele pensarse que estas reglas son sobre todo para obedecer a ciegas a la Iglesia. Se olvida que, frente a tres reglas que inculcan esa obediencia, son once al menos las que inculcan la alabanza a diferentes aspectos de la vida de la Iglesia; y que todas son, primordialmente, reglas de discernimiento para orientar y arraigar afectivamente y desde su núcleo central a cada persona en ella. Alabar es agradecer a Dios la variedad en la Iglesia, variedad que le permite llegar a la comunión.

Alabar es acoger positiva y respetuosamente la diversidad de gentes, carismas, ministerios y funciones en la Iglesia. Es agradecer el don de lenguas. Nada es monocolor, nada debe ser gris en ella. Esto nos hace salir a cada uno de nosotros mismos para encontrarnos en los demás, sin dejar de ser nosotros mismos. El amor y el respeto a la Iglesia y sus gentes. Ello nos impide ser superficiales en el tratamiento de cualquier problema o asunto que surja. No podemos hacerle daño. Ella es carne de mi carne y hueso de mis huesos.

4.- Acerca de los defectos, modos de actuar o de ser de las personas particulares en la Iglesia, se impone, igual hoy que ayer, un tratamiento discreto, una crítica positiva y llena de comprensión, y sobre todo un acierto para ser eficaces en conseguir un remedio que no sea peor que la enfermedad. Para reformar la Iglesia no podemos romperla ni dividirla, ni desencarnarla.

5.- En las últimas cinco reglas, Ignacio nos deja una pedagogía catequética y pastoral llena de sabiduría y mesura para la transmisión de la doctrina de la fe, teniendo en cuenta la peculiaridad del auditorio, el len-

“Alabar” es acoger positiva y respetuosamente la diversidad de gentes, carismas y ministerios en la Iglesia

⁸ Al menos cuatro veces aparece en su visión la forma esférica del ser mismo o esencia divina: nn [1211] [1231] [1232] [1741] del *Diario espiritual*. A Jesús le ve también repetidas veces, según la Autobiografía, “como sol” (n.99), “mas no veía distinción de miembros...” (n.29). Es el Cristo ya glorificado, es decir, en total comunión con su Humanidad.

Jesús Corella

guaje actual, y las tensiones en que nos movemos. El equilibrio y serena libertad para tratar sin extremismos fanáticos los problemas que ahora nos planteamos, son una de las mejores lecciones que nos brindan estas últimas reglas.